



Por Nicolás Lynch

¿Qué transición vamos a aceptar?

Hace casi dos meses, cuando Fujimori nos anunció que se iba, prentendió que la carne viniera con su hueso completo: él iba a dirigir la transición. Al principio pareció que, una vez más, iba a tener suerte, porque parte de la oposición se convirtió en su mejor defensora. Pero la reacción ciudadana contra esta posibilidad fue de tal magnitud que tuvo que dar marcha atrás y empezar a buscar una fórmula intermedia: ni él se iba antes de julio próximo ni tampoco se quedaban todos sus colaboradores. Esta ha sido, más o menos, la fórmula que ha buscado llevar adelante en las últimas dos semanas.

Desafortunadamente para Fujimori, su más estrecho colaborador de la última década, el inefable Vladimiro Montesinos "se salió del libreto", según palabras del ministro Bustamante. Es decir, que con su vuelta al Perú Montesinos emprendió el camino del desafío abierto a los planes del todavía Presidente y de esta manera habría puesto en peligro la posibilidad de la transición en su conjunto. Los grandes poderes detrás de Fujimori habrían decidido entonces sacarlo de la escena. La denuncia de los últimos días sobre los 48 millones de dólares que Montesinos tiene en bancos suizos lo convierten, para todos los sectores, gobierno incluido, en un fugitivo de la ley, descartándolo como un actor que pueda significar alternativa alguna en el actual proceso político.

El problema, sin embargo, está en que la salida de escena de Montesinos puede muy bien arrastrar al propio Fujimori. Tal como se preguntan hoy millones de peruanos, ¿cómo puede Fujimori no haber sabido de las actividades dolosas de su más íntimo colaborador?, necesariamente se va a preguntar también cualquier investigador medianamente serio.

En estas condiciones, soportar una transición dirigida por Fujimori sería soportar una transición dirigida por alguien sobre quien pesan sospechas más que fundadas de que ha estado incurso en gravísimos delitos de corrupción desde su puesto como Presidente de la República. Sería, necesariamente una transición a medias, porque cada paso que dé Fujimori de aquí al 28 de julio estará bajo sospecha de que es una acción también destinada a encubrirse a sí mismo, o a alguno o algunos de sus colaboradores.

Si antes de la denuncia de los 48 millones de dólares el argumento para que Fujimo-

ri no dirigiera la transición era político y moral, por su calidad de Presidente golpista y organizador de fraudes electorales, hoy el argumento para que se aparte del poder tiene también connotaciones policiales y judiciales. ¿Es posible un enjuiciamiento de Montesinos que no incluya a Fujimori? A estas alturas parece ser que eso sería una burla, sería decirle al país que continuamos en el circo de la persecución de Chaclacayo.

Para que esta transición adquiera, ya no sólo viabilidad política, sino un mínimo de seriedad, hay necesidad de que Fujimori se aparte del poder y sea incluido en las investigaciones sobre "enriquecimiento ilícito" de su íntimo colaborador. Ello nuevamente abona a la tesis del "gobierno de transición" porque no es sino un gobierno distinto el que podrá impulsar el enjuiciamiento de quienes dirigieron al Perú en los últimos diez años.

De una vez por todas debe

¿Es posible un enjuiciamiento de Montesinos que no incluya a Fujimori? Eso sería una burla

quedar claro que lo que está en juego en estos días no es un cambio de gobierno sino un cambio de régimen. Estamos buscando transitar de una dictadura, a todas luces corrupta, a una democracia. La peor herencia que podríamos entregarle al régimen venidero sería la de un aparato de corrupción enquistado en la propia médula del Estado. Sería imposible en el futuro consolidar cualquier tipo de régimen democrático con este aparato de corrupción en funciones. Esto parece ser que era lo que pretendía el dúo Fujimori-Montesinos antes de su última pelea. ¿Qué nos garantiza que esto no sea lo que siguen pretendiendo Fujimori y sus allegados que todavía se mantienen en puestos claves?

Nuevamente, a la oposición social y política no le queda sino el camino de la insistencia en el fin del fujimorismo, con o sin Montesinos, para que la transición pueda ser algo creíble.